

independientes, se asemejaba también a aquel en que sabía defender su causa no solo empuñando la espada sino igualmente dedicándole vigorosos cantos guerreros. Con él fueron los karmatas el terror del califato. Querido también de los beduinos que no pertenecían a la secta, permitió en 302 (915) que estos robaran la caravana de peregrinos irakeses. Fracasó como la anterior una nueva tentativa que hizo por aquel tiempo para apoderarse de Oman, pero en 307 (916-920) y seguramente por orden de Obeidallah, que a la sazón se ocupaba ya en la conquista del Egipto y deseaba distraer la atención del califa hacia otro lado, entró Abu Tahir por sorpresa en Basora, llevando allí la muerte y el saqueo. Repitióse el hecho en 311 (923), siendo aun mayores entonces los desastres: quitóse la vida a gran número de hombres, y muchos otros que espantados se arrojaron al río, la perdieron también de este modo, llevándose los rebeldes a mujeres y niños, además de un botín considerable, mientras que en el mismo Bagdad, donde precisamente se trataba de un cambio de ministros en la forma acostumbrada, reinaba la mayor confusión. En 312 (924) los karmatas cayeron otra vez sobre la caravana de los peregrinos, y después de espantosa carnicería hicieron prisioneros a algunos personajes importantes, entre otros el hamdanida Abu'l-Heidschá. Abu Tahir los puso en libertad bajo promesa de que le serían cedidas Basora y Ahwas; y no habiéndose cumplido esta promesa, penetró a fines del mismo año hasta cerca de Kufa, dispersó también allí la caravana de peregrinos que se disponía a emprender el camino de la Meca, y a principios de 313 (925) entró en la ciudad, donde se cometieron las violencias de costumbre.

Todo el Irak fué presa de la mayor consternación, y los habitantes de la parte occidental de Bagdad huyeron al otro lado del Tigris. El menguado califa Móktadir y sus consejeros no sabían qué hacer, y nadie se atrevió, ni aquel año ni en el siguiente, a emprender la peregrinación a la Meca. Por último, mandóse a llamar del Aderbidyan al sadschida Jusuf, hijo de Mohammed. Entretúvose éste todo el año (314=926) en preparativos por extremo minuciosos; y cuando en el siguiente (315=927) tuvo, por fin, organizado su ejército, aunque disponía de doble número de combatientes, se dejó derrotar por completo delante de Kufa, cayendo él mismo prisionero. Abu Tahir devastó luego a Ambar, y atravesando el Éufrates, marchó sobre Bagdad. Abu'l Heidschá y Munis, que pudieron todavía reunir 40,000 hombres para defender la ciudad, se atrevieron entonces a atacar a los karmatas para libertar a Jusuf; mas la columna que debía intentar el golpe de mano, poco fuerte para realizarlo, fué rechazada y degollado el sadschida por orden de Abu Tahir. No se consideró éste, sin embargo, con medios suficientes para atacar la capital; las expediciones que emprendió en 316 (928) contra las ciudades situadas junto al Éufrates, no tuvieron siempre éxito feliz por la desesperada resistencia que hacían los habitantes, pero logró llevar el pillaje a extensos distritos de la Mesopotamia; y, por otra parte, los levantamientos que a la sazón promovieron los karmatas del Irak, y que con harta trabajo pudieron ser reprimidos, perturbaron hondamente las desdichadas comarcas de Ambos Ríos. En 317 (930) se presentó de improviso Abu Tahir en la Meca durante la celebración de la fiesta de los peregrinos, matando a miles de éstos dentro del mismo santuario y saqueando la ciudad, después de lo cual mandó arrancar de la Kaaba la venerada piedra negra y se la llevó a Lajsa. Había tal vez en esto el propósito de despojar a la Meca de su aureola; mas el resultado fué tal explosión de indignación en todo el mundo islamita, que el mismo Obeidallah creyó conveniente enviar

un escrito oficial a Abu Tahir ordenándole la devolución de la piedra. Las instrucciones secretas, sin embargo, debieron de ser muy distintas, pues que la reliquia continuó en Lajsa hasta 339 (951), en que el califa fatimita El-Mansur mandó formalmente que fuera devuelta.

La progresiva decadencia del califato, las guerras civiles entre los emires, que no tuvieron término ni antes ni después de la muerte de Móktadir, dieron muy pronto el carácter de irresistible al poder de los karmatas. No creemos necesario seguir relatando una tras otra todas las correrías llevadas a cabo hasta la muerte de Abu Tahir (332=944). En general las agresiones fueron cediendo en violencia; los emires como Ibn Raik y los de Baridi, y también Ichschid, que gobernaba el Egipto, se contentaron con mantener a distancia respetuosa a tan funestos huéspedes mediante el pago de un tributo, y por igual consideración se avinieron también éstos a permitir, desde el año 327 (939), que se efectuasen las peregrinaciones a la Meca. Así siguieron las cosas bastante tiempo todavía después de la muerte de Abu Tahir. Los mismos fatimitas tuvieron también bastante que hacer por aquellos tiempos con los bereberes rebeldes (véase más adelante), y dejaron por entonces al Oriente abandonado a sí mismo, sin volver a nombrar otro *dai*, por lo cual los karmatas se formaron en consejo de regencia compuesto de los parientes de su difunto caudillo, institución, por cierto, que supo administrar con el mejor éxito aquel extraño Estado. La influencia de éste se extendía entonces, sin oposición, a toda la península. — Oman se había sometido también antes de 340 (951), — y más allá de los límites de la Arabia todo el mundo se daba por satisfecho si los temidos beduinos se contentaban con el tributo que se les podía pagar. Solo en 358 (969) empieza a declinar su poderío, como consecuencia de sucesos ocurridos en el Africa cuyo desenvolvimiento requiere particular exposición.

CAPITULO IV

LOS FATIMITAS Y EL FIN DE LOS ABASIDAS

Con la entrada de Obeidallah en Rakkada como primer califa fatimita, el día 29 de Rabí II de 297 (15 de enero de 910), quedó realizada la mitad del plan de destrucción de la soberanía abasida concebido por los descendientes del médico oculista persa. Con este hecho pasó el poder supremo en Africa de las manos de los árabes abasidas a las de los bereberes ismaelitas; y al propio tiempo, la conquista de Lajsa en la Arabia proporcionó a los karmatas el punto de partida desde el cual, pocos años después, debían aniquilar casi por completo la autoridad del gobierno de Bagdad en la Arabia, la Siria y el Egipto. Mientras con sus continuas agresiones en el Irak allanaban a los buweihidas persas el camino hacia la sede del califato, la secreta organización de los ismaelitas seguía ejerciendo su pernicioso influencia desde el Africa occidental hasta el interior de la Persia y siendo auxiliar de todo enemigo de la decadente dinastía.

Por vituperable que nos parezca el proceder de la funesta raza de los meimunidas ó fatimitas (en adelante les daremos este último nombre, con tanta suerte usurpado por ellos), sería hacerles injusticia suponer que la satisfacción del logro de la dignidad soberana, que tan extraordinarias vicisitudes del destino les habían deparado, hubiese podido apartar sus pensamientos, ni por un momento siquiera, de la prosecución del vasto plan de su antepasado Abdallah. Es apreciar equivocadamente toda la política de los nuevos califas africanos no considerarles sino como señores del Estado ribere-

ño entre Barka y Tánger. No fué solo para ostentar un título altisonante ó para infundir respeto a los supersticiosos bereberes para lo que los fatimitas tomaron el nombre de califas comb, por ejemplo, los omniadas de España (1). Estos acaso jamás tuvieron siquiera el pensamiento de someter el Oriente a su dominación; pero los fatimitas, por el contrario, tomaban muy en serio la pretensión que implicaba el título de «caudillo de los creyentes.» Ignoraban por completo el hecho (2) de que las armas bereberes habían destruido en otro tiempo las legiones de Roma en Canas y llevado al borde del abismo al gran Estado de la antigüedad; pero tenían harto probado su temple para saber que no podrían resistirle los mercenarios de los abasidas y de sus emires. Crearse ejércitos de bereberes con los cuales pudiesen conquistar, apoyados por los karmatas de Bahrein, primero el Egipto y luego las provincias orientales, fué su propósito desde el primer momento. Así, cuando apenas habían pasado cuatro años desde la entronización de Obeidallah, ya hacia éste una tentativa para apoderarse del Oriente, y cada vez que los fatimitas tuvieron tranquilidad en su propio país se repitió la tentativa, hasta que, por último, lograron su objeto, si bien solo en parte. Y fué solo en parte, porque desde el momento en que los astutos usurpadores hubieron fijado su residencia a las mismas puertas de la Arabia, no fué ya posible la continuación de su política, ó sea el sustituirse a la dinastía abasida árabe con la ayuda precisamente de los árabes karmatas. Sin trabas ya y avivados el espíritu de independencia y la rapacidad de estos últimos, se volvieron entonces contra los mismos que habían sabido utilizarlos hasta allí para sus fines personales. No por esto dejó de lograr la política fatimita la completa ruina del califato de Bagdad y de la posición preponderante de los árabes dentro del Islam. Así necesariamente la historia de la dinastía de los fatimitas, y precisamente a causa de la tendencia anti-árabe de sus aspiraciones, forma el capítulo final de nuestra exposición del período árabe del Islam, por mas que en el orden cronológico pertenezca en gran parte a la época siguiente.

En el Oriente estaba el verdadero objetivo de los fatimitas, y por lo mismo no fijaban su atención en las cosas del Occidente mas allá de lo necesario para sus fines. Granjearse la cooperación de las mas poderosas tribus berberiscas, principalmente las de los kitamas y sanhadschas, y no aventurarse en el extremo Occidente mas que lo estrictamente necesario para asegurar la preponderancia de estas tribus y de la propia soberanía, era la base del arte de gobernar de los fatimitas. De haber tenido el propósito de dominar por completo el Africa septentrional hasta el Océano Atlántico, parecería inexplicable que hubiesen desperdiciado mas de una ocasión para intervenir enérgicamente en las comarcas desde Tremecen hasta Tánger, y permitido a los príncipes omniadas de España conservar permanentemente una posición tan avanzada como la plaza de Ceuta. Mas, solo la imprescindible consolidación del poder fatimita al Este de Tremecen exigió ya 65 años de constantes desvelos de parte de los nuevos califas, antes que fuera posible realizar los por tanto tiempo acariciados planes sobre la posesión del Egipto. La solución de ambos problemas solo fué posible por la ventaja que a esta singular dinastía proporcionaba el carácter de su origen sobre la mayor parte de las familias soberanas del Islam. Como grandes maestros de la liga secreta ismaelita, los fatimitas no se consideraban obligados a escrúpulos de conciencia, — si es permitido emplear esta expresión aplicándola a gentes que en realidad no pro-

fesaban mas creencias que el logro de sus propios intereses, — cuando se trataba de cuestiones de poderío; mas a causa del querido pueblo, que no estaba iniciado en el nihilismo de los grados superiores de la secta, ni debía estarlo jamás, los «imanes» necesitaban presentarse como correctos siitas, y se comprende, por lo mismo, muy naturalmente, que a la muerte de cada uno de los califas solo el hijo respectivo pudiera pretender la sucesión. De este modo se quitaba todo pretexto a las contiendas por el trono, que tanto contribuyeron a la ruina de los omniadas y abasidas, y ganaba la casa de Obeidallah una solidez interior que solo podía ser quebrantada por sucesos muy extraordinarios ó por una serie sucesiva de monarcas incapaces. El hecho de que el propio hijo se alzase contra el padre solo fué posible en esta familia en los últimos tiempos de su decadencia. Teniendo además en cuenta la dignidad religiosa del jefe del Estado, que debía infundir gran respeto a los bereberes, dada su índole, se echa de ver fácilmente cuántas ventajas tenía esta familia sobre los abasidas y los emires, cuyas tentativas para fundar nuevas dinastías solían frustrarse con el primer hijo ó nieto incapaz, y no es, por lo mismo, maravilla que estos osados usurpadores lograran durante 270 años heredar de padre a hijo la soberanía que se habían arrogado.

Obeidallah El-Mahdí (297-322=910-934) se creyó llamado a realizar por sí mismo el programa de su casa en todas sus partes. Sus primeras medidas de gobierno, no siempre muy en concordancia con el carácter que representaba de salvador del mundo, no dejaron de despertar la desconfianza entre los mismos kitama, a quienes debía su triunfo. El infatigable Abu Abdallah El-Schi'i tuvo que reprimir así una rebelión de una parte de esta tribu como otras de distintos grupos, pudiendo al propio tiempo (297=910) ocuparse otros jefes militares de Obeidallah en combatir a los Senata, que como enemigos constantes de los Kitama se manifestaban poco dispuestos a reconocer a su nuevo señor, y ya habían puesto sitio a Tahert; éstos sin embargo fueron rechazados sin grande esfuerzo. Pero, mientras estaba todavía ocupado Abu Abdallah en restablecer el orden en el Sab, país de los Kitama, suscitóse entre el fundador de la nueva dinastía y su primer representante una desavenencia fácil de ocurrir en aquellas circunstancias. Obeidallah quería gobernar por sí mismo, y consideraba ya demasiado poderoso al siita a la cabeza de la belicosa tribu de los Kitama, a la cual había sabido atraerse primero y luego disciplinar. Abu Abdallah, por su parte, convencido de los méritos que había contraído a favor del Mahdí, creía muy natural que fuese su parecer atendido en lo concerniente a la administración del nuevo Estado, y se sintió hondamente lastimado al ver que el califa no le consultaba para nada y se esforzaba lenta pero marcadamente por reducir la influencia de su persona. Vefase obligado a entretenerse corriendo tras una u otra partida de las que todavía perturbaban la paz en el Sab, en vez de estar en la capital, tomando parte importante en la decisión de los mas árdulos negocios del Estado. Parece que entonces El-Schi'i, a quien poco debía imponer la dignidad religiosa del imanato de Obeidallah, cuyo origen le era sobrado conocido, comenzó a asegurarse personalmente cada vez mas la adhesión de los Kitama, para lograr por la fuerza, en caso necesario, el reconocimiento que le negaba el ingrato príncipe. Mas no tuvo presente la rígida organización del ismaelismo, de que Obeidallah seguía disponiendo con toda autoridad; sus planes fueron delatados al califa, y éste no vaciló un momento siquiera en mandar matar por dos hombres adictos, de los mismos Kitama. El 16 de Schumada II (3)

(1) Véase la última parte de esta obra.

(2) Fournel: *Les Berbers*, II, pág. 374.

EL ISLAMISMO

(3) Segun otras versiones, solo el día 1.º de Zul-hidscha (31 de ju-

de 298 (19 de febrero de 911) fueron asesinados cerca de Rakkada El-Schi'i y su hermano, é igual suerte sufrió, por mandato del pérfido soberano, aquel mismo día el mas leal camarada de Abu Abdallah, Abu Saki, que acababa de proporcionar al Mahdi una victoria decisiva sobre partidas de bereberes rebeldes delante de Trípoli. «El mismo á quien tú nos has enseñado á obedecer, nos manda matarte,» contestó uno de los asesinos de Abu Abdallah cuando éste le increpó, procurando hacerle desistir de su criminal empeño; y el lugarteniente de Trípoli que mató á Abu Saki, era el propio tío de éste. Esto demuestra la terrible autoridad que el jefe de los ismaelitas ejercía sobre los miembros de la secta, y explica cómo pudo atreverse Obeidallah á hacer desaparecer tan sumariamente á su apóstol, ídolo de los Kitama. También en esto se demuestra la analogía, que ya apuntamos, entre estos hechos trágicos y aquellos otros en que fueron protagonistas Mansur y Abu Muslim en el Oriente.

Es indudable que las revueltas de los Kitama, producidas unas con motivo de la muerte de Abu Abdallah y otras, despues, como consecuencia de choques entre estos bereberes y la poblacion en su mayor parte árabe de Keirowan, de que se nos da cuenta en los años 298 (911) y 300 (913), solo procedieron de pequeños grupos de esta poderosa tribu, la cual, por lo demás, continuó siendo el apoyo principal de la soberanía de Obeidallah y sus sucesores. Así, en un alzamiento de los habitantes de Trípoli, ocurrido por entonces, contra individuos de la misma tribu que los vejaban y maltrataban, no titubeó el gobierno en tomar parte á favor de los Kitama. Contra éste, sin embargo, estaban los Senata, que luchaban por su independencia en las inmediaciones de Tahert y que fueron derrotados varias veces, pero solo sometidos cuando quedó conquistada la ciudad rebelde en 4 de Safar de 299 (1.º de octubre de 911), y sojuzgados luego eficazmente durante trece años por el lugarteniente que se puso allí, Masala Ibn Abbas, uno de los caudillos de los Benu-Mikasa. Este, mientras vivió, supo guardar las espaldas al Mahdi hácia el Oeste; penetrando con sus Mikasa en el Magreb (1) se hizo dueño, en 308 (920), de los territorios que poseían los edrisitas. En este punto se evidencia ya marcadamente el cuidado de Obeidallah por evitar en lo posible complicaciones en el Occidente, pues si bien la verdadera direccion del gobierno fué confiada allí á otro caudillo de los Mikasa, Muza Ibn Abi'l-Afiya, dejóse al edrisita Yahya la ciudad de Fez con el título de emir. Ciertamente disensiones habidas entre estos dos en 309 (921) hicieron necesario que interviniera otra vez Masala y que se separara al edrisita; pero pronto veremos cómo los fatimitas no se opusieron en manera alguna á la continuacion de la dinastía alida siempre que no les fuese enemiga. En aquel mismo año (309=921-922) pasó Masala el Atlas y reconquistó á Sidschilmasa, que en 297 (909) habia expulsado á la guarnicion kitama y restablecido la autoridad de los Benu Midrar. Con semejante guarda de sus fronteras pudo muy bien Obeidallah empezar á poner en ejecucion sin temor su plan de la conquista de Egipto. Sin embargo, en el momento de emprender la grande obra ocurrieron sucesos desagradables en la Sicilia. Al principio, los notables árabes de la isla, que moraban en Palermo, mientras que los bereberes

10); véase Wüstenfeld: *Los Califas fatimitas*, pág. 44; Fournel: *Les Berbers*, II, pág. 106, nota 5.

(1) *El-Magreb*, «el Occidente,» es por antítesis á *El-Maschrih*, «el Oriente,» en su sentido mas lato, toda la tierra al Oeste del Egipto, y en el mas limitado, la verdadera Africa occidental desde el Sab hasta el Océano. El Marruecos actual se llama *El-Magreb el-aksa*, «el extremo Occidente.»

tenian su cuartel general en Girgenti, no se atrevieron á negar su acatamiento al emir que les habian puesto los fatimitas (297=910); mas este funcionario pronto se atrajo la animadversion general, dando motivo á un levantamiento en Palermo (299=912), que se reprodujo en 300 (913) y se propagó á toda la isla. Arabes y bereberes se unieron, logrando sacudir el yugo africano y reconociendo como emir independiente á Ahmed Ibn Korhob, hombre muy considerado allí. Obeidallah no estaba mas dispuesto á gastar sus fuerzas en la Sicilia que en el Oeste; abandonó á sí misma la isla por el pronto, teniendo poco que esperar y nada que temer de ella en Africa, y á fines de 300 ó principios de 301 (913) (2) envió á su hijo Abu'l-Kasim, de 22 años de edad, con ejército y escuadra, al Occidente por la via de Trípoli. Barka fué conquistada sin esfuerzo, é igualmente Alejandría (principios de 302=914); pues el Egipto, donde habia reinado espantosa confusion durante largo tiempo desde la caída de los tulunidas, habia logrado alguna tranquilidad bajo la administracion de Tekin, lugarteniente turco del abasida Móktadir, pero no contaba con fuerza suficiente para resistir un ataque enérgico. Así habia sido ya ocupada la mayor parte del país, al Norte y Oeste de Fostat, cuando Abu'l-Kasim consideró conveniente llamar á su lado á su general Habasa, á cuyas órdenes habia estado hasta allí la vanguardia, y confiar su mando á otro. Irritado Habasa de la postergacion de que se suponía víctima, abandonó con algunos jinetes el campamento para dirigirse á toda prisa al Magreb, donde tenia un hermano en Tahert. Pero Obeidallah mandó prender y matar á ambos antes que pudiesen causar mayor mal. Cuando le fueron presentadas sus cabezas, tuvo el sombrío tirano un acceso de filosofía: «¡Cuán raras,—dijo,—son las cosas de este mundo!; El Oriente y el Occidente eran demasiado pequeños para estas cabezas, y ahora ambas caben en esta caja!» Entretanto la pérdida del Mentor que hasta entonces habia tenido el jóven príncipe, le fué funesta: el *Emir al-omaró* Munis, al tener noticia de la invasion fatimita, se apresuró á enviar tropas al Egipto, con cuyo auxilio Tekin derrotó á los bereberes, y á fines de 302 (915) Abu'l Kasim regresó con los restos del ejército sin haber logrado su objeto. Asimismo Barka, donde habia dejado una guarnicion, se sublevó á causa de las atrocidades cometidas por los Kitama, que siempre solian portarse así con las poblaciones pacíficas; de modo que tambien se perdió este pequeño resultado de la campaña.

Entretanto, tampoco en Rakkada habia marchado todo á medida del deseo. Ibn Korhob, el emir siciliano, era un hombre capaz y emprendedor; no se contentó con mandar orar en toda la Sicilia por Móktadir en vez del Mahdi, —lo que debia ser tanto mas agradable al califa de Bagdad, cuanto menor era la satisfaccion que le proporcionaban los emires y los karmatas que tenia mas cerca de sí,— sino que á fines de 301 (julio de 914) envió una escuadra contra la costa africana, que destruyó las naves fatimitas que no habian formado parte de la expedicion al Egipto y saqueó la ciudad marítima de Sfakis. Mas no duró mucho la gloria del bravo emir. Ya en el año 300 (913) se suscitaban disensiones en su ejército: pretendióse someter á los cristianos del Etna, que desde la caída de los aglabitas se habian atrincherado de nuevo en sus peñas, pero el penoso cerco fué causa de descontento y tuvo que ser abandonado; otra expedicion de pillaje emprendida poco despues hácia la Calabria se malogró á causa de naufragio, motivo suficiente para que los bereberes sicilianos empezaran á murmurar contra el caudillo

(2) Así la fecha como toda la historia de esta campaña son puntos bastante problemáticos; véase Fournel: *Les Berbers*, II, págs. 116 y siguientes.

árabe. No logró calmar los ánimos el que á mediados de 303 (principios de 916) se obligara la emperatriz bizantina Zoé (1) por medio de un convenio especial á satisfacer un tributo considerable á Ibn Korhob, á fin de poder disponer de todas sus fuerzas contra los búlgaros; porque á principios de 304 (agosto de 916) se sublevaron los bereberes contra el emir, le hicieron prisionero y le enviaron al Mahdi, el cual lo mandó ajusticiar bárbaramente. Obeidallah envió al propio tiempo á Sicilia un fuerte destacamento de los Kitama, que procedieron segun su costumbre en la desgraciada isla, logrando conservarla todavía durante algun tiempo bajo la dominacion fatimita (304=917). Desde entonces la Sicilia volvió á ser una conveniente base de operaciones para devastadoras correrías en la Italia inferior, que se llevaron á cabo de 306 á 318 (918-930) por órden de Obeidallah, en su mayor parte con esclavos eslavos, que precisamente en aquella época eran cada dia mas numerosos en todos los países musulimes y especialmente en Occidente: pues, á pesar de sus mancomunadas incursiones en la península de los Balkanes los servios, croatas y demás pueblos eslavos no dejaban de hacerse la guerra unos á otros y vender regularmente sus prisioneros á los infieles, cuyos ligeros barcos piratas eran muy á propósito para hacer tambien un próspero tráfico de esclavos en los puertos del Adriático. Ya veremos despues á estos eslavos representando un papel político en España; los fatimitas los empleaban con preferencia para tripular sus cruceros, en los cuales prestaban excelentes servicios como hombres belicosos y amigos de buenas presas. Por último, se avino el Mahdi, como antes Ibn Korhob, á ajustar un convenio con el emperador Romano, que aseguraba á éste la paz mediante el pago de un tributo, dirigiendo entonces sus barcos piratas contra las costas del mar Ligúrico. Poco antes de su muerte (principios de 322=934) envió una expedicion contra Génova, que saqueó las inmediaciones de la ciudad, y en el año siguiente (323=935) los osados piratas se atrevieron hasta á tomarla por asalto cuando entonces comenzaba á florecer, haciendo una verdadera carnicería entre los habitantes varones, llevándose miles de mujeres y niños y cuantioso botin, y cometiendo sus fechorías en Córcega y Cerdeña en el viaje de regreso. Poco despues, las dificultades interiores que comenzaron á surgir en el Estado fatimita pusieron término por el momento á estas expediciones piráticas.

Pero estas no eran sino distracciones secundarias del Mahdi que no le hacian perder de vista ni por un momento su empresa principal. Ya en el año 304 (916-917) se habia vuelto á conquistar á Barka, y en 306 (919) el heredero del trono Abu'l-Kasim emprendia otra vez la marcha hácia el Oriente con un nuevo ejército de kitamas y otros bereberes y árabes. El 8 de Safar de 307 (10 de julio de 919) fué tomada y saqueada Alejandría, y luego ocupada la mitad del territorio al Oeste del Nilo hasta Uschmunein. Acababa de morir el lugarteniente abasida; Tekin, que volvió á presentarse como sucesor de éste, sostuvo un combate feliz cerca de Fostat, y al propio tiempo la escuadra africana, que habia seguido al ejército, fué incendiada y destruida en su mayor parte cerca de Raschid (Roseta) con tizonas de nafta, arrojados por los barcos que de Tarso habian ido al Egipto por órden del *Emir el-omaró* (Schawwal 307=febrero-marzo de 920). El ataque dirigido aquel mismo año (307=919-920) contra Basora por los karmatas, indudablemente por órden de Obeidallah, no era mas que una diversion del momento; en el mes de Moharram de 308 (mayo-junio de 920) se presentó el mismo Emir el-omaró, Munis, en Egipto con

(1) Véase Hertzberg: *Historia de los bizantinos*.

nuevas tropas, y despues de haber recibido otros refuerzos del Irak, logró en el trascurso del año 308 (920-921) arrojar poco á poco á Abu'l-Kasim del país en una serie de combates. Barka, sin embargo, permaneció esta vez ocupada por las tropas fatimitas; saliendo de allí, llegó el príncipe el dia primero de Redscheb de 309 (5 de noviembre de 921) á la nueva residencia del Mahdi.

No le place á una nueva dinastía en el Oriente habitar en el mismo lugar que su predecesora, porque los habitantes de la antigua capital suelen perseverar en su fidelidad hácia la familia real derrocada. Los abasidas habian edificado á Bagdad y los aglabitas á Rakkada; Obeidallah fundó (300 ó 303=913 ó 916) *El-Mahdiya*, «la ciudad del Mahdi,» no muy lejos de la antigua Thapsus. En el año 308 (920-921) pudo hacer su solemne entrada en la ciudad completamente edificada, cuya situacion á orillas del mar la hacia en verdad adecuada residencia para un príncipe que habia de tener puesta su mirada en la Sicilia y en el Egipto. Este último país, sin embargo, iba á verse libre durante una docena de años de toda nueva incursion. Obeidallah debió convencerse de que era necesario aguardar que el nuevo Estado tuviese mas vigoroso desarrollo de fuerzas; dedicóse, pues, en los años siguientes á adiestrar su escuadra en las expediciones piráticas y aumentar sus tesoros, pero procurando al propio tiempo que Masala fuese consolidando la autoridad fatimita en el Occidente en la manera que ya hemos indicado. Pero por bien que cumpliése el caudillo de los Mikasa su deber en este punto, quedaban todavía bastantes otros elementos que en manos hábiles podian convertirse en peligrosas armas contra el Mahdi. Este no lo ignoraba, y cuando Masala sucumbió, en 312 (924), en una campaña contra los siempre turbulentos senatas, se adoptaron inmediatamente las medidas necesarias para que en lo posible fuese sustituida de uno ú otro modo su influencia personal. Construyóse en el Sab occidental una nueva fortaleza, que se llamó Mohammediya (hoy Msila), para servir de cuartel general al lugarteniente del Magreb, confiándose el cargo hasta allí ejercido por Masala al que habia sido su segundo, Ibn Abi'l Afiya. Este otro caudillo de los Mikasa dió tambien relevantes pruebas de su capacidad.

Cuando en el año 313 (925) se rebeló un edrisita en Fez, reuniendo en poco tiempo tal número de partidarios que le fué posible ganar una batalla al lugarteniente, logró éste ya en 314 (926), si bien valiéndose del soborno, apoderarse de nuevo de la ciudad y dar muerte al rebelde; y mientras una expedicion del sucesor al trono Abi'l-Kasim al través de una parte del territorio del Oeste (316=928) no obtuvo resultado alguno importante, Ibn Abu'l Afiya consiguió hasta 319 (931) hacerse dueño de todo el Magreb, con excepcion de Ceuta, donde algunos edrisitas se sostuvieron todavía. Sin embargo, estas circunstancias, que parecian ser tan favorables para los fatimitas, debian dar origen á graves complicaciones hácia los últimos dias de Obeidallah; porque hubo de parecer mal al primero de los califas españoles de Córdoba, el temible Abderrahman III, ver casi á las mismas puertas de su Estado al poderoso representante de una raza emprendedora y páfida en lugar del informe agregado de pequeños y débiles principados edrisitas. Ya desde la exaltacion de los fatimitas habia vigilado Abderrahman con desconfianza aquel punto y proporcionado, en 305 (918), al reyezuelo de Nakur, en la costa africana septentrional, que habia sido despojado por Masala, los medios de apoderarse otra vez de su territorio; y hasta, en 314 (926), tropas del mismo Abderrahman habian tomado posesion de Melilla, plaza fuerte que, como es sabido, hoy sirve tambien á los españoles de avanzada en el Africa. Así, pues, cuando los progresos de Ibn Abi'l-Afiya